

Presentación

El siglo XX terminó con una crítica generalizada a la modernidad. La presunción moderna de explicar y dominar todo con la razón habría fracasado. En muchos ámbitos intelectuales del mundo actual domina, en gran parte como consecuencia de esa crítica, una concepción pesimista de las posibilidades de nuestra razón. Conocemos los síntomas: limitación de la racionalidad al ámbito de los conocimientos parciales de las ciencias naturales y humanas, pluralismo inconexo, pensamiento débil, renuncia a la verdad, neto y alicorto pragmatismo, absolutización del momento presente. Donde había totalidad, reina el fragmento. Todo se hace discontinuo. La propaganda sustituye a la verdad. Al faltar la confianza en la justicia, se declara justo lo que conviene. En plena decadencia de los ideales, se impone la tiranía de lo útil, lo agradable y placentero. De sostener que no existe nada inaccesible a la razón se ha pasado, muchas veces, en los últimos años, a una desesperanza teórica. La actitud radical de los llamados «filósofos postmodernos» parece teñida de una especie de escepticismo o relativismo teórico y práctico. La voluntad de verdad, por modesta que sea, no raras veces, se identifica con el fanatismo y el fundamentalismo.

¿No somos demasiado pesimistas con este diagnóstico de nuestra situación cultural? Los artículos de Modesto Berciano, Dorando J. Michellini y Gerard Vilar hacen un balance y valoración de las aportaciones de la modernidad y de la postmodernidad. Ahí tenemos una documentada respuesta. La ofrecemos porque el conocimiento de nuestra situación, más allá de actitudes optimistas o pesimistas, es un paso imprescindible para abrir el camino hacia la solución adecuada de los problemas que se nos plantean.

Sin duda la llamada razón fuerte de la modernidad cometió graves atentados contra lo real concreto, cayendo en abstracciones desindividualizadoras o despersonalizadoras. Pero la reparación de tales atentados no vendrá, seguramente, de un pensamiento débil. Por eso, en *Diálogo Filosófico* no queremos renunciar a una racionalidad fuerte dentro del ámbito de una filosofía sapiencial, que busca orientar a los hombres, mujeres y varones, por el camino del sentido. El conocimiento de una verdad limitada y sin fundamento puede hacer siempre de trampolín que nos lanza hacia soluciones racionales más satisfactorias.

Pensamos que sólo prejuicios injustificados pueden llevar a identificar la voluntad de verdad con el fanatismo o fundamentalismo. La verdad no se acepta por la fuerza, sino sólo por invitación, aunque en su nombre muchos caminos de la historia han sido regados de sangre. Confiamos en la capacidad de la razón humana de abrirse a lo verdadero y, en consecuencia, optamos por una crítica liberadora de la razón moderna en algunas de sus principales realizaciones, que reconozca sus limitaciones, pero también sus posibilidades. Crítica a todo sistema cerrado, venga de donde venga, sea científico, filosófico o religioso, en apertura a las inagotables sorpresas de lo real existente. Pues consideramos deseable crear una filosofía abierta, como la vida, al futuro.

El debate en torno a la modernidad sigue abierto. Y nos jugamos mucho. En el fondo se trata de fortalecer o debilitar, quizás hasta de salvar o perder, lo propiamente humano: el pensamiento y el compromiso. Sin posibilidad de acceso a la verdad no hay pensamiento que valga la pena y sin algún tipo de convicción no caben compromisos libres y consistentes. Un pensamiento débil sólo puede fundamentar un compromiso débil.

Ildefonso Murillo